

VIVIR DE LA MAMANDURRIA PÚBLICA

Los años electorales son como los años jacobeos donde una serie de “santos varones y varonesas”, como diría mi admirado paisano Luis Sánchez Polack (Tip), en lugar de intentar ganarse el jubileo compostelano, se aprestan a hacerse con un reclinatorio donde acomodarse lo más confortablemente posible para, previa inclinación de la cerviz (condición sine qua non), recibir pingües emolumentos y a otra cosa mariposa.

Una parte importante de estos volatineros de reclinatorio son profesionales de reconocido prestigio en estas lides y llevan un montón de años electorales inclinando sus cervices o colodrillos, otros, sin embargo, son toricantanos que se inician en esto de la mamandurria tras haber opositado, algunos desde su más tierna infancia, en asociaciones y partidos políticos donde han cultivado el noble arte de la trepa, del vasallaje y si fuera necesario el de la puñalada trapera.

España es uno de los países de Europa con mayor número de cargos políticos remunerados, remuneración que por otra parte, y se de lo que hablo, está muy por encima del trabajo y la capacidad de muchos y, por supuesto, de la mayoría del pueblo soberano incluidos jueces, médicos, profesores, etc., por nombrar algunas profesionales de la “cosa pública”. Tener un cargo electo remunerado es el mayor chollo profesional de este país. Se puede ser un analfabeto funcional, un mentecato, un caradura, un vagazo, un sinvergüenza, un asesino convicto, un antisistema, un nazi o un comunista. Cualquiera colocado estratégicamente en un listado podrá aspirar a vivir de la sopa boba mucho tiempo si es un poco espabilado y sabe arrimarse a caballo ganador.

Nuestro sistema electoral, tan absurdo como dudosamente democrático, ha fomentado la partidocracia dando la representación política no a los ciudadanos, sino a los partidos. El probo elector no vota a personas, vota a siglas por más que bajo estas figuren nombres de aspirantes al reclinatorio a los que en la mayoría de las

ocasiones ni conoce. A los futuros “mamandurrieros” los eligen los prebostes de los partidos y, por supuesto, son ellos los primeros que se colocan para garantizarse la pitanza.

El sistema de listas cerradas es la garantía de que los aparatos de los diversos partidos puedan hacer de su capa un sayo ostentando un poder absoluto, fomentando el vasallaje y la corruptela. Cualquiera que discrepe de la “línea editorial” será apartado tanto de los estamentos del partido como de la posibilidad de poder optar a un cargo público.

Esto que llamamos democracia representativa, y que tan reverenciada está en nuestro país, es cada vez más endogámica. Los partidos son cotos cerrados de poder amparados por unos estatutos en muchas ocasiones leoninos que garantizan la ortodoxia. La democracia interna es, en todos los partidos, una quimera. La heterodoxia es un crimen de lesa majestad contra el querido líder de turno.

No digo yo que en otros países no cuezan también habas, pero en el nuestro la falta de cultura política del pueblo soberano facilita, y de qué manera, que la actividad política, excepto raras y honrosas excepciones, este, muchas veces, en manos de personajes que carecen de cultura, de preparación y lo que es peor de escrúpulos.

El ingenuo elector sigue creyendo que vota a sus representantes en los diversos organismos públicos, craso error. Aquellos que salgan elegidos, a los cuales, como he dicho antes, casi ni conocen, no van a defender los intereses de los que con sus votos les han “regalado” una poltrona dotada de unos magníficos emolumentos. Ellos sólo acatarán los intereses de su partido aunque tengan que engañar y perjudicar a los que les dieron sus votos. ¿Acaso creen que tendríamos en Extremadura la mierda, con perdón, de tren que tenemos si nuestros diputados y senadores hubieran defendido los intereses de los extremeños?, y así tantas cosas...

Acabamos de tener elecciones municipales y autonómicas y, nuevamente los partidos con posibilidades de obtener representación no han tenido el más mínimo escrúpulo en colocar en puestos de salida a los mamandurrieros de siempre, a los que

viven de la cosa pública, porque no saben o no quieren hacer otra cosa. Muchos de ellos intentan pasar desapercibidos y se esconden en las listas en puestos de salida sin dar la cara, algunos llevan toda su vida laboral (si se puede decir así) 20, 30 años o más chupando de la teta de los ayuntamientos, diputaciones, asamblea y otros organismos transversales.

Ahora vienen las elecciones generales y los partidos se aprestan a colocar a sus huestes. El ruido de sables y las puñaladas traperas son una constante en las sedes nacionales. Los líderes y lideresas tienen que colocar a su gente de confianza cueste lo que cueste y hasta algún presidente autonómico tiene que mandar a Madrid a algún molesto correligionario que le pueda hacer sombra, que de todo hay. Los cuneros (ciudadanos que se presentan encabezando listas en provincias donde no tienen ninguna vinculación) son el mejor ejemplo del desprecio de los partidos hacia los electores.

Supongo que a algunos les parecerá mi parrafada irresponsable, pero siempre he creído que la actividad política debe ser algo accidental en la vida de una persona y lo sigo creyendo mal que les pese a la caterva de mamandurrieros que hay en este país.

Damián Beneyto